
Nelson Lourenço
José Antonio Cabrita
Ana María Ventura ()*

*Imágenes de la integración:
representaciones sociales
sobre la integración de la agricultura
portuguesa en la Comunidad
Europea*

1. INTRODUCCION

La política agraria ha desempeñado un papel fundamental en la construcción de la Comunidad Europea, por ser la primera y, durante mucho tiempo, la única política común. Considerada, a veces, como un obstáculo para la construcción de Europa por los enormes recursos que absorbe, también aparece como una política estructuradora cuando se alcanzan acuerdos sobre ella, acuerdos que, casi siempre, se deben más a compromisos políticos que a análisis económicos, dando pie a la idea de que lo más notable de la política agrícola común es que, a pesar de las dificultades, siempre se acaba encontrando una solución (1).

Prevista en el Tratado de Roma como política prioritaria, sus objetivos encerraban ya importantes intenciones sociales y políticas. Además de tratar de aumentar la productividad de la agricultura y de conseguir el

(*) Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Lisboa.

(1) Véase, al respecto: Tracy, M. (1989), y también: Rambaud, P. (1989).

autoabastecimiento alimentario, la «política agrícola común» pretendía asegurar a los agricultores un nivel de vida equivalente al de los trabajadores de otros sectores productivos y garantizar a los consumidores unos precios razonables. Como decía Placide Rambaud, la política agrícola común acabaría funcionando como un elemento esencial de la construcción de esa sociedad de *complejidad experimental* que es la Comunidad Europea. No contemplaba, pues, la función que ha desempeñado en la construcción de la imagen comunitaria.

En este cuadro complejo y definitorio de solidaridades conflictivas, la integración de Portugal en la Comunidad Europea no sólo establece una confrontación entre dos niveles de desarrollo de la agricultura, sino también, paradójicamente, entre dos tipos de crisis: mientras que en los países industrializados de la Europa comunitaria se vive una crisis de superproducción, efecto perverso de una política de éxito que favoreció la inversión y aseguró el mantenimiento de los productos y de la capacidad de respuesta de los agentes económicos a los que se destinaba –los agricultores–, Portugal padece una crisis de excesiva dependencia agrícola y alimentaria, de baja productividad y de exceso de población en la agricultura.

Este artículo constituye una primera introducción al estudio de las representaciones sociales acerca de la política agrícola común y de la forma en que los agricultores –en este caso, los agricultores jóvenes– piensan sobre la integración de Portugal en la Comunidad Europea y su modo de ver el mercado único europeo que se avecina. No nos alejamos mucho de la verdad si decimos que estos agricultores portugueses piensan en Europa, fundamentalmente, en la medida en que afecta a su vida diaria ¡como... agricultores! Lo demás, o sea la construcción europea, la Europa de los ciudadanos, la cuestión de la supranacionalidad, es una realidad un tanto distante, que se oye a veces por la televisión, a menos que cuestione aspectos fundamentales de su vivencia y de su futuro, como la posibilidad de trabajar en el extranjero y esa cosa *extraña* que es la moneda única.

La información utilizada se recogió en el ámbito de una investigación de campo iniciada hace dos años sobre los jóvenes agricultores y las representaciones sociales acerca de la política agrícola común (2).

(2) Este estudio ha recibido el apoyo de la Secretaría de Estado de la Agricultura y de la Secretaría de Estado de la Juventud y se ha llevado a cabo en el marco de un protocolo de colabo-

La idea original fue de Placide Rambaud, que, entre 1987 y su fallecimiento, en 1990, promovió un estudio de ámbito europeo sobre las representaciones sociales de los agricultores en relación con la Europa agraria y las estrategias que ésta propone, impone o provoca, tomándolo como punto de partida para el análisis de los procesos de construcción de la ciudadanía europea (3). En este artículo procuramos analizar dos puntos claves del *discurso* de los jóvenes agricultores entrevistados. Considerando cada punto clave como una situación crítica, es decir, representada como tal por los jóvenes agricultores, el presente trabajo pretende operar como marco de referencia de las representaciones sociales sobre la política agrícola común y la construcción del mercado único y, al mismo tiempo, de las configuraciones de actitudes asumidas o pensadas acerca de su presente y su futuro como agricultores.

El trabajo de campo se llevó a cabo en cinco zonas agrarias del continente, tomándose como límites de cada una los propuestos por el Ministerio de Agricultura, escogidas de acuerdo con un conjunto de criterios relativamente generales y tratando de conjugar dos lógicas consideradas pertinentes para el análisis. La primera se refiere a lo que podríamos llamar *lógica de producto*, cuyo objetivo consiste en llamar la atención sobre los productos más sensibles a la ampliación del mercado y a su obediencia a normas supranacionales. La segunda tiene ya un componente localizado de forma más específica o, si se prefiere, referido a una *lógica regional*, integrando en el conjunto del análisis realidades productivas diferentes. De acuerdo con los requisitos de la muestra internacional, sin buscar, por tanto, representatividades estadísticas, la selección de las zonas y, dentro de ellas, la de los agricultores entrevistados,

ración entre el Centro de Estudios de Sociología de la Universidade Nova de Lisboa y la Associação dos Jovens Agricultores de Portugal. La investigación se está realizando también en las Azores, con el apoyo de la Secretaría Regional de Desarrollo Agrario y del Departamento de Ciencias Agrarias de la Universidad de las Azores.

(3) Durante ese período, P. Rambaud publicó gran número de artículos sobre la construcción de la Comunidad Europea que, además de los indicados en la bibliografía de este artículo, fueron recensados en «Avec Placide Rambaud (1922-1990). Des communes rurales à la Communauté Européenne», *Anamnèses. Cahiers de maieutique*, París: Bibliothèque Historique des Économies Sociales, 1991. Un primer conjunto de trabajos de la red de investigación que coordinaba se publicó en un número especial, de abril-junio de 1989, de *Agricultura y Sociedad*, núm. 51.

escogidos entre el universo de los que frecuentaban cursos de formación para jóvenes agricultores, asumió, como principio orientador, el carácter contextual de las representaciones sociales (4).

2. DE LA LECTURA DEL DISCURSO A LA CONSTRUCCION DE LAS REPRESENTACIONES SOCIALES

El estudio de las representaciones sociales sitúa el análisis en el nivel de lo cognitivo, es decir, lo referente al conocimiento que, por oposición al científico, se denomina conocimiento de sentido común. Las representaciones sociales, enclavadas en la intersección de lo psicológico y lo social, funcionan como elemento de articulación entre lo individual y lo social. Su formación depende de un conjunto de situaciones directamente relacionadas con la posición que ocupan los individuos en la estructura social: de la información disponible, generalmente insuficiente y distribuida de manera desigual entre los grupos sociales; del hecho de que los individuos tienden a *enfocar* los distintos objetos y aspectos de los espacios sociales en los que se insertan en función de sus intereses, posiciones sociales y valores. Las representaciones sociales tienen un carácter esencialmente funcional, apareciendo como resultado y como condicionantes de la acción social, influyendo en su estabilidad y en su dinámica, con capacidad para transformar la descripción de una situación en explicación de la misma, forjando evidencias sobre la realidad. En consecuencia, las representaciones sociales son transcripciones de la necesidad de los individuos y grupos de manifestar su opinión, de explicar las situaciones sociales en las que participan y de dar respuesta a las peticiones de los demás individuos y grupos.

(4) El trabajo de campo se realizó en las zonas agrarias de Terras de Maia, Alto Mondego, Coruche, Odemira y del noroeste del Algarve, que se extienden por quince municipios. El universo estudiado estaba constituido por 783 jóvenes agricultores, entre los que se seleccionaron más de sesenta, que fueron sometidos a entrevistas profundas, completadas posteriormente con datos de carácter biográfico. La adaptación del guión a los condicionamientos y particularidades locales se llevó a cabo a partir de un estudio previo de caracterización de las zonas, efectuado mediante un análisis documental y entrevistas exploratorias con técnicos agrícolas e informadores privilegiados. Sobre la metodología y las técnicas utilizadas, véase: Lourenço, N. (1988).

Las representaciones se consideraron aquí como formas de interpretar y de pensar la realidad cotidiana, como un conocimiento construido a partir de las experiencias individuales, de las informaciones, los modelos y los valores que adquiere y transmite cada individuo. Definidas de este modo, surgen ante nosotros como modalidades de conocimiento práctico, orientadas a la comunicación, la aprehensión y el dominio del medio social, como un conocimiento socialmente elaborado y compartido. En cuanto formas de pensar la realidad cotidiana, como dice D. Jodelet (1984), las representaciones se expresan, en forma de imágenes condensadas de lo social, en sus dimensiones materiales e ideales (5).

2.1. Portugal y la Comunidad: utopía y solidaridades conflictivas

Placide Rambaud sostenía que la idea de comunidad funciona, ante todo, como una utopía. La utopía –decía él– proyecta la imaginación colectiva más allá de lo cotidiano en un espacio y en un tiempo que están en cualquier parte o en ninguna. La idea de la Comunidad Europea es, esencialmente, eso: una interpretación imaginaria de los doce países. Por tanto, es posible hacer el inventario de los problemas críticos, es decir, medir la distancia entre las realizaciones y lo imaginado. En el discurso analizado aquí sobresale, precisamente, el recelo ante una utopía en cuya construcción se estaba ausente: se aceptan las *donaciones*, se reconocen los apoyos, pero, con excesiva frecuencia, se juzga a los socios comunitarios como *otros* y raramente como *nosotros*.

Reconociendo que la Europa comunitaria es un hecho y un hecho irreversible –«(...) querámoslo o no, ¡Europa está aquí!» o «(...) y no se puede volver atrás (...) aunque algunos no quieran, tiene que ser así (...)»–, la imagen de la integración, de sus consecuencias y de sus resultados se encuadra en lo que denominamos solidaridades conflictivas: la institucionalización de un sistema de garantía de precios y de cuotas de producción que aseguren su mantenimiento se opone *conflictivamente* a la idea de un sistema regulador, distante y supranacional, en un marco

(5) Puede verse un desarrollo teórico del concepto de representación social, tal como lo utilizamos aquí, en: Jodelet, D. (1984), y Lourenço, N. (1988, 1991).

de concurrencia entre desiguales. Pero, como reconocía Max Weber, ¿acaso una comunidad no se constituye siempre a través de unas relaciones complejas que asocian, de forma frágil, unos sentimientos y unas actitudes heterogéneos? Las respuestas aportadas por las entrevistas constituyen, precisamente, el reconocimiento de esa fragilidad.

La Comunidad se considera más como un conjunto de *otros* que como un *nosotros*. La percepción de la alteridad aparece muy claramente en relación con la defensa del interés nacional, bien en una dimensión más económica, bien en una dimensión más global –léase: ¡cultural!–, en una apelación a la defensa de «cosas que son nuestras» frente a lo extranjero: «(...) porque allá, en el extranjero, hay costumbres y cosas que no gustan a las personas que no están habituadas (...)». No obstante, aunque se considere como un elemento productor de cambios significativos, la integración no se percibe como un acontecimiento que influya negativamente en la vida de las personas: «(...) dado que vamos a construir una sociedad más abierta (...)», o, más objetivamente: «Europa ha transformado nuestra forma de vivir (...) transformado no (...) mejorado (...) es claro que empeorado no». En realidad, la idea de lo otro funciona más como elemento de la identidad nacional y regional que como rechazo de la Comunidad Europea por los posibles males que de ella pudiesen derivarse: «Y, en definitiva, ¡yo soy de Lamarosa!»

Sin embargo, la forma de ver la Europa comunitaria es restrictiva; podríamos decir que, más que a una comunidad, los entrevistados casi se refieren a una *comunidad económica*. Son frecuentes las referencias a la Comunidad como si se tratase de un conjunto de países cuyo fin fuese el de hacer negocios –«(...) hace el oficio (...) de una cooperativa» o, de modo más preciso, «es una organización más económica»–, acompañadas, en bastantes ocasiones, por la manifestación expresa del deseo de que todo se quede en eso: «(...) me parece bien que cada cual siga viviendo en el mismo ambiente que tenía (...) y que las relaciones se reduzcan a los negocios.»

En consecuencia, la idea de integración se percibe más como una transferencia de poderes en un ámbito restringido, aunque significativo para la vida cotidiana de los entrevistados, que como un proceso integrador global. La Comunidad aparece como un elemento limitador del poder del Estado –«no manda en él, pero condiciona ciertas cosas que

puede hacer (...) resuelven qué hay que hacer con el ganado (...), con la leche, con esto, con aquello (...))»- y con una auténtica capacidad de imposición. Ese poder tiene un rostro y un nombre -«(...) allí en Bruselas, además (!), allí están los que mandan (...))»- y un límite, más allá del cual su actuación es inaceptable: «(...) si es para ayudar a Portugal (...) y no para avasallar y que el gobierno pierda los poderes, me parece bien.» Los discursos manifiestan casi siempre una contradicción, que se expresa de forma bipolar: por una parte, la aceptación de las ayudas, que desempeñan una función importante en la modernización de la agricultura, y, por otra, la necesidad de preservar los poderes nacionales. Con todo, no es una contradicción absoluta y, para muchos, quien da tiene *derechos*: «(...) porque ellos (el gobierno) tienen que basarse en lo que les mandan (la Comunidad) (...).»

No obstante, la aceptación de la interferencia comunitaria no se produce sin ciertas reticencias. La distinción entre *ellos* y *nosotros* se hace entonces más intensa, acentuando la existencia de un sentimiento -muy fuerte en algunos casos- de discriminación. Este sentirse discriminado se percibe de formas diferentes. A veces, se insiste en que las normas comunitarias no se adaptan a la realidad portuguesa, independientemente de su éxito en otros países; otras veces, se rechaza el modo de aplicación. En el primer caso, sale perjudicada la imagen de la Comunidad -es la referencia a normas que «(...) ¡hasta puede que se adapten bien allí!»-; en el segundo caso, la crítica recae en la incapacidad portuguesa para negociar la integración o gestionar las ayudas. Las críticas más fuertes se refieren a la apertura del mercado cuando los productos nacionales no se han agotado por completo.

Por otra parte, el sentimiento de discriminación es más fuerte cuando, en vez de tener como marco de referencia la Comunidad, se centra en una realidad menos distante y más objetiva, como los *demás* países comunitarios. En estos casos, destaca la representación de una Europa rica y de una Europa pobre, que se manifiesta de diversas formas y en relación con distintos objetos. No están bien vistos la adquisición de tierras por extranjeros, los mayores apoyos y las políticas practicadas en otros países que se consideran más eficaces, las alusiones a las ayudas concedidas a los extranjeros para que se instalen en Portugal y las facilidades y los apoyos para la venta de sus propios productos en el territorio

nacional. Las alusiones a estos *extranjeros* se refieren con mayor frecuencia a los españoles, los holandeses y los franceses, aunque suele señalarse a los dos primeros como los que reciben eventuales ayudas para instalarse en Portugal: «(...) reciben dinero para instalarse aquí y, si nosotros fuésemos a España, el Estado no daría ningún dinero», o también: «(...) hay muchos extranjeros que ya están montando explotaciones por aquí (...) holandeses (...) su Estado quizá les haya dado dinero para que vengan (...) ¡y los portugueses no reciben nada!» Y a continuación, aparece el recelo: «He oído hablar de los holandeses que, allá en el sur, se han instalado en un área bastante grande (...) me imagino que va a funcionar (...) supongo que tienen un nivel superior y creo que consiguen adaptarse perfectamente aquí, ¡sólo espero que no vengan muchos!»

2.2. Mercado y disfunción de las estructuras de apoyo

A partir de los años 70, la política agrícola de la Comunidad subraya las ideas de empresa y de mercado, dando origen a un complejo conjunto de transformaciones económicas y culturales. La profesionalización de los agricultores, es decir, la transformación del trabajo agrícola en profesión, conseguida mediante la cualificación técnica y la generalización del cálculo económico, pasa a constituir uno de los objetivos explícitos de la política agrícola común. La cuestión de los excedentes domina gran parte de este marco de relaciones, cuyo objetivo es hacer que el agricultor asuma progresivamente la función de empresario, dejando de lado su calidad de agricultor-productor, o sea, de agente económico que produce sin tener en cuenta el mercado.

Se pretende transformar, de este modo, las explotaciones familiares en unidades agrícolas gestionadas con arreglo al principio racional de que la producción se subordina al mercado, en que se produce para vender y sólo lo que se vende. El paso de una categoría a otra no está exento de dificultades y presupone transformaciones significativas de la mentalidad y del universo de representaciones. En este proceso, los Estados y la Comunidad desempeñan una función activa, uniformando los requisitos necesarios para el ejercicio de la actividad agrícola, emprendiendo acciones comunes relacionadas con la mejora de las estructuras agrícolas e interviniendo directamente en la formación profesional. La contabilidad y los

planes de explotación aparecen en los textos oficiales como elementos introductorios de un nuevo lenguaje adaptado a las exigencias de la fiscalidad y a las reglas de la economía nacional y de la comunitaria.

En otro plano, el mercado funciona como elemento integrador de los agricultores en áreas más amplias, exigiéndoles la capacidad de articularse con otros espacios que trascienden los definidos por su universo local y regional. La fijación de precios, las normas de calidad, los incentivos orientadores de la producción son elementos significativos de las políticas agrícolas, definidas, en adelante, supranacionalmente. Dicho de otro modo, las nuevas reglas del mercado integran o pretenden integrar a los agricultores –por lo menos, a los que participan más directamente en el proceso de europeización de la economía– en el espacio comunitario, relacionándolos con los agricultores de los restantes países, en cuanto elementos de referencia para sus comportamientos y decisiones económicas. Esta *deslocalización* de la agricultura es, esencialmente, el resultado del paso del sistema regulador y normativo de la vida económica de los Estados al de la Comunidad, en un movimiento que, en muchos aspectos, significa la limitación, cuando no la sustitución, del derecho nacional. Todas estas cuestiones aparecen una y otra vez en los discursos de los entrevistados, aunque sus preocupaciones se refieran más a lo inmediato, a las dificultades vividas en el presente, que a las consecuencias previsibles de la construcción del mercado único. Los instrumentos de modernización introducidos por la política comunitaria, como la formación y la contabilidad, por ejemplo, se consideran con frecuencia más como una imposición que como algo efectivamente indispensable para la actividad del empresario agrícola.

La contabilidad es, por otra parte, el paradigma de esta situación. Percibida como una formalidad que se cumple para tener acceso al crédito que se concede al amparo de las actuaciones comunitarias, su utilización y la de los planes de explotación como instrumentos eficaces e indispensables de la gestión sólo es una realidad para algunos entrevistados. En el fondo, el problema no consiste tanto en llevar o no *una* contabilidad, sino en hacer de la contabilidad un instrumento de gestión. La utilización de normas de gestión supone una cierta transformación de la racionalidad económica del agricultor y la necesidad de establecer relaciones entre realidades diferentes. En efecto, el recurso a una contabili-

dad de gestión presupone una racionalidad preparada para comparar los resultados con los medios utilizados, es decir, para el establecimiento sistemático de una relación numérica entre medios y fines, como base de cálculo de las rentabilidades de la actividad agrícola. El análisis de las entrevistas muestra cómo, para muchos jóvenes agricultores, la gestión de la unidad agrícola se procesa todavía de acuerdo con parámetros tradicionales, considerando la contabilidad como una imposición «que (...) se cumple para recibir la ayuda».

El mercado y, fundamentalmente, el mercado único, se ve como algo distante y de manera no activa. Se habla poco de acciones intencionalmente dirigidas y orientadas al mercado y son raros los casos en los que se vislumbran comportamientos que puedan considerarse estrategias coherentes y articuladas con la evolución del mercado. El discurso se refiere con mayor frecuencia a eventuales dificultades de mantenimiento, a los precios, a la falta de estructuras o a la ausencia de apoyos que a una actitud deliberada de actuar en el mercado. Con respecto a los condicionamientos y a la competencia resultante de la construcción del mercado único, se repite la situación de pasividad y las alusiones más reiteradas están constituidas por críticas y manifestaciones de recelo ante la entrada de productos extranjeros.

Algunas entrevistas reflejan, todavía, una preocupación por los cambios impuestos por la construcción del mercado único. En estos casos, el discurso pone de manifiesto las preocupaciones por la calidad como medio eficaz de sobrevivir en medio de una competencia más dura. Los jóvenes agricultores hablan entonces de «un mercado de calidad», frente a «un mercado de cantidad», y, simultáneamente, de la búsqueda de nichos de mercado en los que sea posible competir con los productos procedentes del extranjero, pero, incluso aquí, no se habla tanto de vender fuera del país, sino de hacer frente a la competencia. El desconocimiento de las tendencias del mercado y de las condiciones necesarias para poder exportar está, por tanto, muy generalizado. La introducción de nuevos productos se piensa siempre en términos regionales, cuando no locales. Parece, a veces, que la percepción de la pequeña dimensión de la agricultura practicada impide un raciocinio articulado con los cambios que impone la construcción de un mercado ampliado y común a los doce países comunitarios.

La falta de estructuras de apoyo constituye también uno de los puntos más reiterados, aunque siempre más como carencia y dificultad de la agricultura que como componente de un discurso marcado por la intención de querer alterar la situación. El caso de las cooperativas y, de modo más general, del asociacionismo agrícola, es representativo de esta relativa pasividad ante la necesidad de cambios. En una entrevista, seleccionada ahora como paradigma de esta actitud, se alude al carácter indispensable de la asociación de los agricultores, «como se hace fuera», para vencer dificultades y conseguir competir en el mercado: «(...) creo que va a haber mucha competencia (...) tanto en los invernaderos como en cualquier ramo, los agricultores tienen que crecer ahora para poder resistir (...) las personas tienen que crecer en el ramo en el que están; si no, van al hoyo (...) tuve la posibilidad de hacer una visita al extranjero, a Francia y a los Países Bajos, y pude ver que allí las personas se asocian mucho (...) forman grupos grandes y consiguen hacer buenas cosas, las personas están muy asociadas, como no se hace todavía en Portugal, creo que aquí las personas son muy individualistas, tenía que haber asociaciones y juntarse las personas y esto funcionaría mucho mejor (...) allí, el asociacionismo funciona que es una maravilla y creo que eso es lo que necesitábamos en Portugal (...) de ese modo, los agricultores producen mucho más, de mejor calidad y trabajan menos (...) una cosa que vi en los Países Bajos, el sector de las flores, aquello es bonito, aquello funciona a la perfección, las personas llevan todo para allá y no hay problemas, van para todo el mundo, donde más lo necesitan, aquello es lo que había que tener en Portugal.»

De la constatación de la necesidad no se sigue aún ninguna intención visible de actuar: «(...) ya pensé, ya (en formar una cooperativa), pero la gente habla, habla (...) cuando acabé de hacer el curso (de jóvenes agricultores), celebramos algunas reuniones para crear una cooperativa, pero mira, nadie volvió a decir nada, y no sé si eso fue de cara a la galería o no (...) yo creo que (para iniciar un proceso de constitución de una organización de tipo cooperativo) debíamos estar todos nosotros juntos, con la ayuda de ingenieros y demás personas que supiesen de esto más que nosotros, creo que debíamos ir así, todos juntos, yo creo que debía hacerse, pero así está la cosa (...) no sé.»

Esta dificultad de articularse con el mercado se refleja constantemente en el discurso, incluso en los casos en que se lanzan al merca-

do nuevos productos con el apoyo de los servicios públicos. En efecto, la ausencia de estructuras de comercialización adecuadas y eficaces acaba poniendo en peligro los programas de desarrollo en zonas en las que las alternativas de modernización de la agricultura son escasas. Véase este extracto de una de las entrevistas: «(...) explicaron que la gente iba a tener unas asociaciones, que la gente iba a vender la miel por ese *medio* (...) pero, hasta hoy, todavía no tenemos nada (...) (adónde va la miel) yo no le sé decir (...) hablé ya con una chica de un supermercado, pero los productos no pueden exponerse sin etiqueta, y yo no tengo etiquetas (...) y la chica me dijo (...) “lo más que puede traer es un litro o dos” (...) y hay que comprar el frasco de kilo o de medio kilo; yo, cuando vendo, la vendo en un frasco de café (...).»

Este panorama de críticas, de recelos y de expectativas se compensa a veces con el recurso a estereotipos de cariz regionalista, venciendo las dificultades gracias a las cualidades intrínsecas de los productos nacionales o, por lo menos, a algunas de ellas. Según la región, varía el argumento, o sea, el producto: «(...) ¡nuestra fruta tiene más sabor!» o «¡nuestro cordero es más sabroso!», culminando con la alusión a la exclusividad regionalista con ciertos ribetes nacionalistas: «el vino verde es un producto único en el mundo».

La construcción del mercado único no sólo va a transformar la Eu-

2.3. Políticas comunitarias y protagonismo de los servicios públicos

En el prefacio a *Les paysans contre la politique* (6), Emmanuel le Roy Ladurie recordaba que los agricultores pueden poseer los atributos exteriores del desarrollo, como radio, televisión o coche, pero, a los ojos de la opinión pública, ¡siguen siendo campesinos! Agricultores o campesinos –poco importa para el caso– se identifican así por su pertenencia a un grupo concreto, portador de elementos definitorios, materiales y espirituales, de una identidad que se considera conservadora y poco adaptada a la modernización. En el marco de la Comunidad, incluso considerando que los agricultores estuvieran en desventaja con respecto a los demás ciudadanos, casi uno de cada cinco europeos consideraba excesivo el apoyo comunitario a la política agrícola, mientras que la mitad de los encuestados pensaba que los problemas de la agricultura se debían esencialmente a las producciones excedentarias; siete de cada diez pensaban que, en el futuro, deberían desaparecer las explotaciones menos rentables (7).

Si se modifica el punto de vista, es decir, si el observador se sitúa al lado de los agricultores (¡o campesinos!), se mantiene la asunción de la identidad particular, revistiendo sus contornos con una identidad amenazada y con un sentimiento de incomprensión a causa de su particular naturaleza. Esta separación entre *rurales* y *urbanos*, esta representación recíproca como *in* y *out group*, caracteriza las relaciones entre agricultores y técnicos de los servicios públicos, que se perciben por ambas partes como relaciones entre el Estado y los campesinos.

Los discursos de los jóvenes agricultores muestran esta ruptura mediante la representación del técnico y de los servicios públicos como algo exterior, poco conocido y que raramente presta el apoyo y la ayuda necesarios en el momento adecuado –o sea, cuando se les necesita–, asociada paradójicamente con la idea del excesivo protagonismo de los servicios públicos, cuya capacidad real de intervención se cuestiona a menudo. La acción de los servicios públicos que intervienen en la agricultura, herederos de una imagen centralizadora y autoritaria, cuyo ori-

(6) Suzanne Berger (1975).

(7) Eurobarómetro de febrero de 1988.

gen está en la todavía vigente representación de la administración pública del Estado Novo y de su estructura corporativa, se mira casi siempre con reservas, cuando no con desconfianza (8).

La falta de visibilidad, la dificultad de acceso, la morosidad de las respuestas, las críticas del modo de aplicación de las ayudas comunitarias, las críticas de los principios inspiradores y de la forma de aplicación del crédito agrícola, la falta de articulación del funcionamiento de los servicios públicos con la vida de los agricultores, la falta de circulación de información relativa a la evolución de los mercados, los cursos de formación poco adecuados (por las materias o la organización) a las necesidades reales de los agricultores, el asesoramiento poco eficiente, cuando no desastroso, la incapacidad de crear o de ayudar a crear estructuras de apoyo, la inadecuación o la carencia de investigación agraria aplicada y su deficiente divulgación son las críticas que se oyen con mayor insistencia, bien explícitamente o transmitidas de forma sutil a lo largo de la entrevista.

La *zona agraria*, como estructura visible de los servicios del Ministerio de Agricultura, reúne y concita sobre sí la parte más explícita de las críticas, destacando la idea de una realidad distante de los agricultores y no pensada para ellos: «los servicios públicos no existen para nosotros» es un comentario frecuente, con éstas u otras palabras. No obstante, parece que esta imagen se está transformando. La aplicación de los instrumentos comunitarios de apoyo darán una mayor visibilidad a los servicios y parece que este acceso más frecuente va a alterar la percepción que tienen los jóvenes agricultores de los organismos públicos: «(...) antes, la gente no sabía que había una zona agraria en (...) aquello era sólo de ellos; fíjate, nadie tenía libertad para ir allí (...) ¡era una institución a la que pocas personas tenían acceso!»

La apertura obligada por la aplicación de las ayudas comunitarias, la frecuencia de los cursos de formación de jóvenes agricultores, la necesidad de elaborar los proyectos de instalación, etc., contribuyen a modificar progresivamente este cuadro: «(...) uno hace un proyecto, otro habla con el ingeniero Fulano, otro hizo un curso y llegó a conocer a todos los

(8) Sobre esta cuestión, véase: Lourenço, M. Ema (1985).

ingenieros (...) la persona adquirió cierta familiaridad (...) pronto se produjo la apertura.»

Esta mayor facilidad de acceso a la zona agraria no se traduce todavía en la percepción de una auténtica mejora de la calidad de los servicios prestados. La falta de articulación del funcionamiento de los organismos públicos con la vida de los agricultores y la morosidad de las respuestas permanecen como imágenes negativas. Los comentarios aluden de manera reiterada a la deficiente atención, debida a unos horarios que no están adaptados al público usuario, y a la ausencia de los técnicos. Con frecuencia se escucha la *queja* de que se acude una y otra vez a los servicios públicos para pedir una información que nadie da: «(...) fui allí (a la zona agraria) media docena de veces para preguntar por las cepas de unas viñas y no encontré a nadie que me dijese siquiera si ya están disponibles o no y mucho menos sobre su aplicación (...)»

Del mismo modo, los cursos, las ayudas y el acceso más fácil a los servicios públicos siguen siendo insuficientes para suplir la gran falta de información sobre el complejo contexto en el que se desenvuelve la agricultura en la actualidad. El análisis de las entrevistas transmite una imagen de desconocimiento, de voluntarismos y de soluciones circunstanciales. La omisión de la acción se une, a veces, al exceso de protagonismo de los servicios públicos, promoviendo proyectos o productos sin que medie un estudio cuidadoso de las posibilidades locales y regionales ni de las capacidades efectivas de los agricultores para desarrollar lo que se les propone. La siguiente afirmación de una joven agricultora es paradigmática de esta situación: «(...) siento que estamos en un círculo vicioso (...) no caminamos en línea recta (...) vamos dando vueltas (...) nerviosos por hacer cosas, pero (...) ¡no se ve el resultado de la inversión en la agricultura!»

En este marco de relaciones, difícil y caracterizado por recriminaciones mutuas, hay que destacar lo que podemos designar como exceso de protagonismo de las estructuras regionales y locales del Ministerio de Agricultura, manifestado, algunas veces por lo menos, sin tener en cuenta las posibles consecuencias negativas. Los indicios de que los servicios públicos promueven acciones y motivan a los agricultores para que introduzcan nuevos productos sin la previa evaluación de las posibilidades de éxito de las iniciativas propuestas aparecen en varias ocasio-

nes, acompañados por la descripción de casos reales y, en no pocas ocasiones, por un acentuado sentimiento de frustración. Los agricultores consideran que este protagonismo excesivo de los servicios públicos es el resultado de la conjugación de un conjunto de factores y de situaciones cuyo inventario se elabora con facilidad a partir de las entrevistas. A este respecto, las alusiones más frecuentes en el discurso de los entrevistados se refieren al voluntarismo y a la falta de atención a las realidades locales y regionales específicas.

Esta crítica a la falta de adecuación de las acciones de apoyo a la modernización de la agricultura se extiende, con frecuencia, al crédito y a los servicios responsables del mismo (9). El análisis de las entrevistas muestra que muchos agricultores jóvenes tienen la sensación de que sus proyectos de inversión se analizan sin tener en cuenta las características específicas locales y regionales o, en otros casos, que los criterios de productividad y de rentabilidad son inadecuados, provocando «exageraciones en la producción» y originando desequilibrios en la gestión de la unidad agrícola, con efectos negativos para su futuro —el endeudamiento es una de las consecuencias negativas señaladas—. La idea de que se «obliga» a tener un censo de animales por hectárea mayor de lo deseable, de que no siempre los aperos adquiridos son los más adecuados o que, a veces, se aceptan cultivos impuestos para satisfacer los criterios oficialmente definidos, como única vía para conseguir la financiación, surge a menudo en las entrevistas, en el marco ya mencionado del protagonismo de los servicios públicos.

Presentamos, como caso paradigmático, el relato por una joven, primer premio de un concurso de ámbito nacional para jóvenes agricultores, con un proyecto de instalación frutícola. La historia no tiene final feliz. Aunque incentivado por los servicios técnicos locales, el producto que se quería introducir no se adaptaba a las condiciones edafológicas y climáticas de la zona y, muy pronto, otros agricultores de la zona se vie-

(9) Por regla general, las críticas de la forma de aplicación del crédito no son objetivas o, en caso contrario, se dirigen a la propia zona agraria y, sólo a veces, a la entidad que, en última instancia, es verdaderamente responsable del crédito: el IFADAP. La explicación de este hecho estriba en la visibilidad mucho mayor de la zona agraria en el contexto local que, con mucha frecuencia, aparece como el único interlocutor conocido.

ron en la situación de la joven: «Me dieron una subvención para plantar (...) ¡que me la den ahora para arrancar!» El análisis de este caso permite ver la deficiente articulación entre la acción de los servicios públicos, la formación y la investigación agraria. La aplicación de las ayudas comunitarias da oportunidad, como suele decirse, a una mayor intervención y visibilidad de los servicios, pero, tanto los agricultores como los técnicos, hablan de la ausencia de apoyo de las estructuras oficiales de investigación agraria cuando se trata de introducir nuevas especies, nuevos productos, nuevas técnicas, en suma: de innovar. En consecuencia, los casos de fracaso de algunas acciones de desarrollo local quizá no se deban tanto a un protagonismo voluntarista de quien quiere «dar la sensación de servicio», como a la falta de conocimientos y a la ausencia de las estructuras de apoyo indispensables para introducir las innovaciones. Por ejemplo, en varias entrevistas se alude a la dificultad de los agricultores para encontrar semillas debidamente certificadas que tengan una calidad y fiabilidad contrastadas (10).

El caso de esta joven agricultora premiada sitúa la formación en una perspectiva nueva, acentuando, como factor crucial de su éxito, aparte de los conocimientos transmitidos, la filosofía subyacente a su definición y desarrollo. El premio nacional se le concedió por el *proyecto*, es decir, por el documento y no por sus posibilidades reales de éxito. En efecto, en la evaluación se tuvo en cuenta el ejercicio teórico y no el hecho de que se tratase de un estudio a partir del cual se pretendía iniciar una actividad profesional. Esta desarticulación de objetivos entre las entidades responsables de la formación y los destinatarios presenta muchas veces un carácter disfuncional, según la valoración que los jóvenes agricultores hacen de los cursos. Volviendo al discurso de la joven: «¿Cómo es posible que me den un premio (...) para tener ahora una mala explotación?»

Por otra parte, las partes interesadas, o sea, los formadores y los formados, perciben con frecuencia la formación de un modo crítico y, a la vez, contradictorio. Si muchos jóvenes juzgan que los cursos son poco

(10) En algunas entrevistas se alude a la introducción de un virus que provocó en determinada región la destrucción completa de diversos pomares; a pesar de los esfuerzos realizados, no fue posible responsabilizar a los propietarios de los viveros.

adecuados a sus necesidades reales como agricultores, no es raro que afirmen que van a seguirlos con el único fin de satisfacer una formalidad indispensable para tener acceso a la ayuda de instalación. En este desfase de representaciones, cuyo análisis excede los límites de este artículo, se impone aún una alusión. La formación dedicada a los jóvenes, en especial la que se destina a proporcionar la cualificación necesaria para el inicio de la actividad de agricultor, no debería pensarse como algo que se agota en el ritual académico, es decir, en el aula. Son muchas las alusiones a la necesidad de seguimiento, bien en la fase de instalación, bien en las posteriores al desarrollo de los proyectos. La articulación entre la formación, la asistencia técnica y la investigación agraria, por una parte, y los jóvenes agricultores, por otra, es blanco de fuertes críticas en el transcurso de las entrevistas, por su práctica ineficacia, si no, en muchos casos, por su inexistencia.

2.4. Representaciones sobre el futuro: la cuestión de las generaciones y la cuestión de la tierra

En la idea de representación sobre el futuro se incluyó la percepción sobre el futuro de la agricultura como actividad económica considerada viable y la comprobación de si el joven interrogado se planteaba la actividad de agricultor como algo definitivo o como mero recurso mientras no se le presentase una situación alternativa. El análisis de las entrevistas pone de relieve un conjunto de problemas relacionados con la percepción del futuro como agricultores de los jóvenes interrogados que, por su importancia y por facilidad de exposición, se organizan en torno a dos situaciones críticas: la cuestión de las generaciones y la cuestión de la tierra.

La referencia a jóvenes agricultores nos remite a la idea de edad y, en este caso, a las consecuencias administrativas de los *efectos de la edad*, en la medida en que, a partir de cierto límite, los individuos dejan de tener acceso a un conjunto de apoyos concedidos por el Estado a quienes la legislación considera jóvenes. El empleo del concepto de edad confiere al análisis una dimensión temporal y, en este caso, permite traducir de un modo claro la presencia, en el transcurso del ciclo de vida individual, de diversos horizontes de decisión. Sin embargo, la idea

de edad es insuficiente para explicar el hecho de que las trayectorias individuales queden marcadas, de forma duradera y variable, según la edad y la posición en el ciclo de vida, por la estructura y la dinámica sociales. Para dar cuenta de esta idea de que los comportamientos de un mismo grupo de individuos con una misma trayectoria histórica sean modelados, poco a poco, por sus experiencias individuales y colectivas, se introdujo en el análisis la idea del *efecto generacional*.

La utilización simultánea de estas dos ideas –*efecto de edad* y *efecto generacional*– nos permite comprender mejor lo que aquí designamos como cuestión de la tierra, que pretende traducir la compleja relación entre las generaciones dentro de una misma familia cuando llega el momento de que los hijos accedan a la vida profesional, representado, en este caso, por la voluntad de los jóvenes de asumir en plenitud la categoría de empresario agrícola. En la sociedad multigeneracional actual, la superposición de dos generaciones con un horizonte de vida activa todavía amplio, a veces, dificulta aún más el proceso de transmisión del testigo de la posesión de la tierra. La voluntad de asumir en plenitud la categoría de empresario agrícola se ve obstaculizada por la dificultad de acceso a la tierra. En consecuencia, en las entrevistas, se menciona la falta de apoyo para adquirir tierras y aparece como una dificultad sentida por los jóvenes en su fase de instalación (11).

La prolongación de la permanencia del joven en la categoría de trabajador familiar o la multiplicación de situaciones en las que el joven sólo asume en el plano formal la categoría de empresario agrícola, mientras el padre sigue dirigiendo, de hecho, la explotación, son otros dos elementos que intervienen en este complejo cuadro que regula el acceso de los jóvenes a la categoría de dirigente de la explotación agrícola. Si el acceso a la tierra y a la categoría de empresario se relaciona con la edad de ingreso en la vida activa, esta presencia de padre e hijo en la unidad agrícola activa lo que designamos como *efecto generacional*, que traslada a la vida cotidiana de la explotación unas posturas diferentes con respecto a su gestión y a su futuro. Y, si algunos consiguen «dar

(11) La mayoría de los jóvenes interrogados no explotaba la tierra por cuenta propia. La débil participación de los jóvenes en el mercado agrario y la gran proporción de arrendamientos entre los jóvenes agricultores se confirman en un estudio sobre Minho de F. Avillez (1989).

una vuelta a (mi) padre», como afirmaba uno de los interrogados, a veces, la relación es conflictiva o limita la opción plena como agricultor.

En estos casos, la estrategia de los jóvenes pasa, con frecuencia, por apostar en dos terrenos, es decir, participar en la agricultura y en otra actividad. Este tipo de actitud se inscribe en una estrategia de prudencia y de duda, de ver ¡«hasta dónde pueden llegar las cosas»! En las entrevistas efectuadas no se alude a una búsqueda de alternativas a este atolladero de la falta de tierras como, por ejemplo, la constitución de empresas en el marco de la agricultura de grupo, que permita una gestión participada. Para ilustrar esta situación recurrimos a dos discursos iguales en el contenido y en los que las diferencias entre las soluciones encontradas tienen que ver con el origen social de los actores.

El primer caso es el de un joven al que las ayudas comunitarias y el apoyo de su padre —un agricultor rico!— contribuyeron a resolver, al menos parcialmente, el dilema: «(...) yo acababa de hacer el servicio militar (...) y, en realidad, ¡o mi padre me traspasaba la explotación para trabajar por mi cuenta o tenía que dirigirme a otro sector!»; ahora, cada uno explota su unidad. El segundo caso se refiere a un joven, pequeño agricultor, que explota la tierra con su padre y cuyas posturas entran en conflicto con respecto a la gestión futura de la explotación: «(...) mi padre apoya y no apoya... está de acuerdo en que yo trabaje en la tierra porque alguien tiene que ocuparse de la agricultura... pero su manera de ver las cosas... de hacer las cosas... de hacer frente... a las exigencias del mercado... del consumidor... las nuevas técnicas... la evolución de la agricultura... no consigue asimilar los cambios (...) Yo confío bastante en la técnica... en los técnicos... en la tecnología.» Representándose su futuro como agricultor como algo poco promisorio por la incapacidad para resolver su problema con el padre, o sea, de acceso a la tierra —¡eso es... la mentalidad de él... aquí las personas pueden trabajar mientras pueden!»—, sólo le queda, como proyecto anunciado, y una vez liquidadas las obligaciones asumidas como joven agricultor, el abandono de la tierra. En ambos casos, la intención de ser agricultor pasa por el dominio de la explotación y ambos llaman la atención sobre lo que antes denominamos «cuestión de la tierra» y sobre la importancia de ésta como elemento estructurador de las relaciones sociales en la agricultura y, de modo más general, en la sociedad rural.

3. CONCLUSION

«Ahora, tenemos que bailar al ritmo de Bruselas... ¡pero Bruselas tiene que saber cuál es nuestro folklore!» Esta frase sintetiza el modelo propuesto para la integración. No se trata de negar la integración, que –recuérdese– se representa como un hecho irreversible, sino de desear que las reglas no se impongan ni acepten sin contrapartidas, sin tener en cuenta las realidades y características específicas nacionales. En consecuencia, la integración se concibe como un proceso interactivo de cesiones mutuas y reciprocidades, garantizando la salvaguardia de una identidad en la que se interpenetran lo nacional y lo regional.

En esta perspectiva interactiva de la integración se sitúan dos de los puntos nodales de los discursos de los jóvenes agricultores. Uno se refiere a la cuestión de la alteridad y el otro a la defensa de la identidad y los intereses nacionales. El hecho de que la Comunidad siga representándose como un conjunto de *otros*, no como un *nosotros*, y de que se siga considerando esencialmente como un espacio económico favorece y refuerza la idea de la necesidad de una atención constante a la defensa de los intereses nacionales. En pocos casos se percibe la integración como un proceso global y constitutivo de una comunidad. Las referencias a los extranjeros oriundos de los países comunitarios que compran tierras, las críticas al modo de defender, llegado el caso, los intereses de los agricultores portugueses frente a los otros propietarios y la aparición de síntomas de un sentimiento de discriminación entre países ricos y países pobres en el marco de la Comunidad ilustran estas dos situaciones críticas de los discursos analizados.

El cuadro descrito y las críticas a la falta de ayudas más importantes en la fase de instalación, en especial con respecto a la cuestión de la compra de la tierra, ¡no invalidan la imagen positiva de la Comunidad por su interés para los jóvenes y por su futuro en cuanto agricultores! «La CEE presta más atención a los jóvenes» es una idea que se repite con frecuencia en las entrevistas. No obstante, esta mayor atención a los jóvenes se representa como un imperativo para cambiar la agricultura, en sus componentes técnica y social. El envejecimiento de la población agrícola, la necesidad de que haya personas que se establezcan en las tierras y la modernización de la agricultura son las causas señaladas con

mayor frecuencia como origen del apoyo de la Comunidad a la instalación de los jóvenes agricultores. La cuestión generacional y la posible diferencia de actitudes ante el cambio vuelven a aparecer aquí, renovándose la representación tradicional de que los jóvenes están más abiertos a las innovaciones que las generaciones precedentes. En este contexto, los jóvenes surgen como la imagen del futuro de la agricultura, justificando, de este modo, unas ayudas importantes para su instalación.

Al estudiar las representaciones sociales de los jóvenes agricultores sobre la integración de la agricultura portuguesa en la Comunidad Europea, el análisis efectuado en este artículo se situó en el nivel cognitivo, refiriéndose esencialmente a la parcela del conocimiento que suele denominarse «sentido común». El estudio de las representaciones sociales remite al análisis de dos niveles diferentes de problemas: la manifestación de los conocimientos de sentido común existentes en relación con determinada situación y el análisis de los procesos sociales por los que un determinado cuerpo de conocimientos se establece socialmente y se acepta como realidad (12). En el caso presente, el texto sólo se refiere al primero de esos niveles, es decir, a la manifestación de las representaciones sociales aquí consideradas, como formas de conocimiento social que funcionan como maneras de interpretar y de pensar la realidad cotidiana, sin ocuparse de los procesos sociales que llevan a la construcción de ese conocimiento y a su aceptación como realidad.

Tampoco se ocupa el artículo —ni la investigación en la que se fundamenta— de verificar si los conocimientos empíricos que informan las representaciones sociales son o no susceptibles de invalidación por informaciones complementarias de origen distinto, aunque provengan de fuentes productoras de conocimiento técnico o científico. Por otra parte, para el individuo, independientemente de su posible validación o invalidación por otros elementos intervinientes en la acción, las representaciones, en cuanto conocimiento práctico y socialmente compartido, funcionan como un modo de forjar las evidencias, de justificar las acciones y de ayudar a definir las estrategias. Por ese motivo, la orientación dada a la investigación pretende seguir de cerca el enunciado de M. Autés

(12) Cf. Berger, P., y Luckmann, T. (1973, 13, 4).

(1985): «No podemos disociar las representaciones, el discurso y la práctica. Forman un todo.»

4. BIBLIOGRAFIA

AVILLENZ, FRANCISCO, y cols. (1989): *Structural Change and Small Farm Agriculture in Northwest Portugal. A Report to the Luso-American Development Foundation*, ISA/University of Arizona/Stanford University.

AUTES, M. (1985): *La pauvreté, une approche plurielle*, París, ESF.

BERGER, PETER y THOMAS LUCKMANN (1966): *The Social Constructions of Reality*, Nueva York, Doubleday & Co.

BERGER, SUZANNE (1975): *Les paysans contre la politique*, París, Éditions du Seuil. Eurobarómetro de febrero de 1988.

JODELET, DENISE (1984): «Représentation sociale: phénomènes, concepts et théorie», en Serge Moscovici (publié sous la direction de), *Psychologie sociale*, París, PUF.

LORENÇO, MARIA EMA (1985): «Uma administração para o cidadão?», en *Revista de Administração Pública*.

LOURENÇO, NELSON (1988): *Os Jovens Agricultores e a Ideia da Europa. As Representações Sociais sobre a Comunidade Europeia*, Lisboa, Universidade Nova de Lisboa.

—(1989): «Los agricultores portugueses y la Europa agraria: estructura social y estrategias de mercado», en *Agricultura y Sociedad*, abril-junio, 1989, núm. 51.

—(1991), *Familia Rural e Indústria*, Lisboa, Editorial Fragmentos.

RAMBAUD, PLACIDE (1989), «Una nueva forma de sociedad: la Comunidad Europea», en *Agricultura y Sociedad*, abril-junio, 1989, núm. 51.

TRACY, MICHAEL (1989), «Política agrária e integración europea», en *Agricultura y Sociedad*, abril-junio, 1989, núm. 51.

PALABRAS CLAVE: P.A.C., Portugal, agricultura portuguesa, representaciones sociales.

RESUMEN

Este artículo constituye una primera aproximación al estudio de las representaciones sociales sobre la PAC y de la integración de Portugal en la Comunidad Europea. El tema es conflictivo y contradictorio: Portugal padece una crisis de excesiva dependencia agrícola y alimentaria, de baja productividad y de exceso de población en este sector, lo que supone una confrontación con la situación de otros países comunitarios, que sufren una crisis de superproducción. El

estudio recoge información proveniente de un trabajo de campo que analiza las opiniones de jóvenes agricultores y de representaciones sociales sobre la política agraria común.

RESUME

Cet article constitue une première approche à l'étude des représentations sociales sur la PAC et de l'intégration du Portugal à la Communauté européenne. Le thème est conflictuel et contradictoire: le Portugal connaît une crise de par une dépendance agricole et alimentaire excessive, une baisse de la productivité et un excès de population dans ce secteur, ce qui suppose en fait une confrontation avec la situation d'autres pays communautaires, qui connaissent, eux, une crise de surproduction. Cette étude regroupe des données provenant d'un travail sur le terrain qui analyse les opinions d'un certain nombre de jeunes agriculteurs et de représentations sociales sur la politique agricole commune.

SUMMARY

This article is a preliminary approach to the study of social representations of the CAP and Portugal's integration into the European Community. The subject is conflictive and contradictory: excessive agricultural and food dependence, low productivity and overpopulation in this sector is causing a crisis in Portugal, which clashes with the situation in other EC countries where overproduction is the problem. The study includes information from field work analysing the opinions of young farmers and social representations of the common agricultural policy.